

ra, y Subercase no tenían mas que trescientos: sostuvo sin embargo los primeros ataques, respondió con vivacidad al fuego de los sitiadores, y les hizo experimentar bastantes pérdidas; mas las suyas eran irreparables; la desproporcion del número le redujo á capitular, y el 16 de octubre salió del fuerte con ciento cincuenta y seis hombres que le quedaban.

Esta ventaja enardeció al enemigo, y resolvióse un nuevo armamento contra el Canadá. Nicolson estaba encargado de conducir las tropas de tierra que avanzaban hácia Mont-Real, mientras que una escuadra inglesa debía subir el San Lorenzo, para ir á sitiár á Quebec; mas la flota naufragó hácia las siete Islas, situadas en la embocadura del río, pereciendo en él la mayor parte de las embarcaciones grandes con sus equipajes, y esta pérdida hizo llamar precipitadamente las tropas de tierra. Dicha expedición tuvo lugar diez meses despues de la invasion de la Acadia.

No obstante los habitantes de aquella comarca permanecían adictos á la Francia; los que se hallaban mas lejanos de Puerto Real diferían someterse al gobernador que la Inglaterra había establecido en él; y Pontchartrain, ministro de la marina en Francia, alentaba á los armadores de San Maló, de Nantes, de Bayona, de la Rochela, á reunir sus esfuerzos para formar un nuevo establecimiento en las costas meridionales de la Acadia, y para desalojar al enemigo de las posiciones de que se había hecho dueño; pero la desgracia de los tiempos y el apuro del comercio no permitieron encontrar fondos para los gastos de aquella empresa. No bastaba por otra parte volver á tomar la colonia, se necesitaban tropas para conservarlas; y los peligros del reino exijían entónces la presencia y el empleo de sus últimas fuerzas.

El pabellon francés, desde mucho tiempo floreciente en todos los mares, no se hallaba ya enarbolado por Hocquincourt, Beaufort, de Estrees, Vivonne, Duquesne, dignos émulo de Ruyter, de Tromp, de Evertzen,

de Russel, de Herbert; tampoco lo estaba por Tourville, quien, en 1690, había ganado la batalla de Bevesiere, y cuya gloria no perdió su brillo, dos años despues, por el desgraciado combate de la Hogue, sostenido contra fuerzas muy superiores. El conde de Tolosa había despues de ellos sostenido dignamente el honor de la marina francesa, y también se había visto, aun en los tiempos de su decadencia, ilustrarse otros hombres por la destreza y la audacia de sus empresas: hablo del tiempo en que Juan Bart, Duguay-Trouin, Ducasse, Forbin, Iberville, se hacían temer con débiles escuadras; otros armadores se formaron á ejemplo suyo, y se distinguieron contra los enemigos de la Francia. Hay tiempos penibles en que hallándose agotadas las fuerzas del estado, y no pudiendo repararse sino con mucho trabajo, tiene el gobierno que recurrir á la afeccion y al valor de los ciudadanos; mas el destino de una campaña rara vez puede depender de sus expediciones particulares, y en vano salen bien en algunas empresas individuales, si el gobierno enemigo, reuniendo sus fuerzas, y pudiendo dar á sus operaciones mas union y estension, hace servir para un ataque jeneral y decisivo todos los recursos de que puede disponer.

Dos sistemas de guerra marítima se hallaban entónces en presencia el uno del otro: el uno se apoyaba en los armamentos particulares, el otro en las expediciones formadas por el gobierno; la balanza no era igual, y el segundo jénero de ataque era el mas formidable. Mas la lucha que la Francia sostenía contra todas las grandes potencias de Europa no le permitió entónces el mismo desarrollo de fuerzas: una larga série de desgracias la había debilitado; la batalla de Hochstedt, en 1704, le había arrebatado todas sus posiciones en Alemania; la Flandes se hallaba abierta á sus enemigos desde la jornada de Ramillies; la Italia había sido evacuada despues de la batalla de Turin, y el archiduque Carlos, competidor de Felipe V, había sido proclamado rey en Madrid.

En medio de tiempos tan borrascosos, hubo algunos destellos de gloria. El ejército francés, mandado por Berwick, ganó, en 1707, la batalla de Almansa; Villars forzó, al otro lado del Rin, las líneas de Stollhoffen, y la Provenza fué libertada de una invasion que el príncipe Eugenio había tentado en ella. Hasta se vió, en el año siguiente, un ejército naval partir de Dunkerque, para ensayar un desembarco en Escocia, en favor del hijo de Jacobo II. Mas otros reveses siguieron estos últimos esfuerzos; la derrota de Oudernade atrajo á los enemigos bajo los muros de Lila, que no pudo ser socorrida, y bien pronto acrecentaron las desgracias de la Francia el hambre que causó el riguroso invierno de 1709. Esta desnudez hacia mas penible la carga de los impuestos, habiendo llegado á ser exorbitantes: una larga guerra había agravado su peso; y cuando Desmarests fué nombrado, en 1708, contralor jeneral de la hacienda, fué preciso, para cubrir los gastos públicos, acudir á empréstitos y á sobrecargas que gravitaban, bajo todas las formas, sobre la propiedad, la industria, el lujo y hasta sobre las mas simples necesidades de la vida; era forzoso anticipar por medio de créditos sobre las contribuciones de los años siguientes, y se hacia el mal mas duradero consumiendo los recursos del porvenir. Semejante penuria dañaba á la regularidad de todos los servicios; y como las urgencias del ejército relajaban su disciplina, hacían padecer á sus operaciones, y enervaban sus fuerzas, vinieron á convertirse en la primera calamidad de todas, en un tiempo en que las fronteras se hallaban invadidas por los extranjeros.

Luis XIV, profundamente conmovido con las desgracias de su pueblo, dió numerosos pasos para obtener la paz, y Torey, su ministro, fué á La Haya, cerca del gran pensonario Heinsius. Dirigióse en seguida al príncipe Eugenio, en Marlborough; mas todavía no estaban satisfechos los enemigos de la Francia: querían imponer al rey la humillante condicion

de reunir sus tropas á las que continuarían la guerra para destronar á su nieto. Entónces fué cuando Luis XIV respondió noblemente: «que mas quería hacer la guerra á sus enemigos que á sus hijos.» Este monarca, reanimando sus esfuerzos para salvar el honor y la majestad de la Francia, estaba igualmente sostenido por este gran pensamiento: que la subida de su nieto al trono de España establecía una alianza natural entre ambas potencias; principio que produjo importantes y fecundos resultados durante mas de un siglo. Este sistema fué juzgado por entónces muy ventajoso; mirábase los vínculos hereditarios de ambas coronas como útiles á su ascendiente político, y la larga oposicion que los demás gobiernos manifestaron prueba que ellos eran de la misma opinion.

Para sostener una lucha que se había hecho muy desigual, un jeneroso rasgo de honor y patriotismo reunió todavía bajo las banderas del rey, y bajo el mando del mariscal de Boufflers, un ejército de setenta mil hombres; mas estas tropas bisoñas fueron derrotadas en Malplaquet, á cuyo desastre siguió la toma de muchas ciudades de Flandes. Eugenio, llevando á España el honor de sus armas, ganó, en 1710, la batalla de Zaragoza contra las tropas de Felipe V, y este monarca se vió reducido al último extremo, cuando Luis XIV le envió el duque de Vendoma. La fortuna cambió entónces de partido y Vendoma venció en Villaviciosa el ejército enemigo mandado por Staremberg; y el resultado de una victoria tan favorable á la causa del rey fué inmediatamente secundada por un acontecimiento imprevisto. El archiduque Carlos, que era competidor de este príncipe, fué llamado al trono imperial por la muerte de José I, y la Inglaterra conoció el peligro de reunir en una misma cabeza las coronas de España y de Austria; pareció dispuesta á retirarse de la lucha empeñada tanto tiempo hacia contra Felipe V; y mientras que Marlborough deseaba la continuacion de una guerra que aumentaba su glo-

ria, un partido contrario, mas adic- to á los grandes intereses del estado, buscaba secretamente los medios de dar la paz á la Inglaterra, conservándola las ventajas que la guerra la habia procurado en sus posesiones de América. Sus principales esfuerzos se dirijian á este último resulta- do, y se advirtió en todo el curso de las hostilidades cuánto dependia la suerte de las colonias de la situacion de sus metrópolis. Teniendo la Fran- cia que resistir á todas las grandes potencias de Europa, no podia en- viar socorros á sus dominios de ul- tramar. Luis XIV habia consumido su poderio: ya no se hallaba rodea- do de aquel acompañamiento de grandes jenerales, de hombres hábi- les que habian ilustrado su reinado; la mayor parte habian muerto; los otros estaban debilitados, como el monarca, por la vejez; y aquel gran poder militar, agresor muy amenu- do, á quien la fortuna habia favore- cido durante tanto tiempo, habia caído de inanición en medio de sus triunfos.

Era preciso sufrir en América las consecuencias de las calamidades que se esperimentaban en Europa; y cuando pareció posible disolver la liga jeneral que se habia formado contra la Francia, adhiriéndose Luis XIV á esta esperanza, consintió á ha- cer grandes sacrificios, para decidir á la Inglaterra á separarse de la coa- lición. Prometió el abandono de la Acadia, de la isla de Terranova y de las riberas de la bahía de Hudson. La Gran Bretaña no podia desear mas: ella salia de la lid mas poderosa que antes. Notemos de paso que pa- reciendo inclinarse desde 1711 hácia una paz separada, á fin de decidir á la Francia á suspender las hostilida- des en América, no cesaba la Ingla- terra de secundar en Europa las ope- raciones de sus aliados: ella no retira- ba todavía á Marlborough; y este jene- ral, aunque caído del favor en la cor- te de la reina Ana, continuó sirvien- do y venciendo por ella. De este modo negociaba la Inglaterra, á mano ar- mada, un arreglo particular que le aseguraba la paz, y que por de pron- to atrajo la firma de una suspension

de armas, el 19 de agosto de 1712. Un mes antes de firmar aquella tregua, el mariscal de Villars, forzan- do las líneas de Denain, habia atraí- do la victoria bajo las banderas de la Francia. El resultado de aquella jornada devolvía la paz tan deseada por ambas partes, y las negociacio- nes principiadas con la Inglaterra se terminaron en fin en Utrech por un tratado definitivo. Este tratado ce- dia á la Inglaterra la Acadia con sus antiguos límites; le cedia igualmen- te la fortaleza de Plasencia y los demás establecimientos que poseian los Franceses en la isla de Terrano- va, reservándose sin embargo lo lar- go del litoral del norte y del oes- te, desde el cabo de Buena Vista has- ta la Punta Rica, el derecho de pre- parar y de salar los productos de sus pesquerías. La isla del Cabo Breton y las demás islas situadas en el gol- fo y en la embocadura del San Lo- renzo se habian igualmente reserva- do para la Francia.

Apesar de las concesiones que aca- baba de hacer esta potencia, podia to- davía prometerse una gran prosperi- dad colonial: hallaba en la reciente adquisicion de la Luisiana una com- pensacion de sus pérdidas; pero el gobierno francés, en medio de los últimos embarazos de la guerra de sucesion, habia renunciado á hacer valer los recursos de aquella colonia, y habia cedido á Crozat, en 1712, el privilegio esclusivo de su comercio, reteniéndose la soberanía y la alta administracion del pais. Este privi- legio fué perjudicial para los colonos: un comercio sin concurrencia hizo subir el precio de los jéneros que les enviaban de la metrópoli, y dismi- nujó los beneficios que habian po- dido hacer sobre sus propias espor- taciones. Los progresos de la pobla- cion no estaban animados por los de la cultura, y Crozat no enviaba á la colonia mas que un pequeño número de nuevos habitantes; esta penuria de hombres era una causa inevitable de ruina. La Luisiana, re- ducida á algunas factorías de comer- cio, no podia ponerse en valor: ne- cesitaba de establecimientos agríco- las, y para desarrollar la prosperidad

tenia necesidad de un acrecentamien- to sensible en su poblacion.

No tardó Crozat en reconocer la insuficiencia de sus recursos: no lo- gró hacer florecer la colonia por las relaciones de comercio que se es- forzaron en establecer, por un lado con la Florida, por el otro con el Nuevo Méjico; y á fuerza de muchos años de pruebas y de pérdidas, hizo el abandono de su privilegio, en 1717

Entonces se formó una comprúña de Occidente, á la que el rey conce- dió el derecho de hacer, durante veinte y cinco, años, el comercio de la Luisiana, y de recibir en el Cana- dá todas las pieles de castores que proviniesen del tráfico de las pele- terías. Igualmente le cedieron á la compañía las tierras, los puestos y las islas de la Luisiana: podia ella hacer la paz y la guerra con las na- ciones indias; tenia asimismo la propiedad de las mismas; podia enaje- nar las tierras que le estaban conce- didas, construir fuertes, poner en ellos guarniciones de tropas levanta- das en Francia, equipar navios, nom- brar jueces. El rey, reservándose la soberanía, se obligaba á proteger la colonia contra las agresiones estran- jeras. La compañía tenia sus navios de comercio: era de su cuenta efec- tuar sus retornos al reino; estaba exenta de derechos de aduana por los jéneros que enviaba á la Luisia- na, y se le concedía una reduccion de derechos sobre los productos que importaba en Francia.

La concesion de estas ventajas no bastaba todavía para los intereses de la colonia; y para dar un primer movimiento á sus operaciones, ne- cesitaba de un crédito y de recursos efectivos. Para formar los fondos de la compañía, se crearon acciones de quinientas libras cada una, cuyo va- lor se entregaba en billetes del esta- do, pagaderos al portador; los es- tranjeros podian adquirirlos; tenian la facultad de comprarlos, vender- los y negociarlos.

La compañía se obligaba á tras- portar á la Luisiana seis mil blan- cos y tres mil negros durante su privilegio; mas no podia tomar los negros en las otras colonias france-

sas, ni enviar sus navios á las costas de Guinea, donde se habia arreglado el monopolio del tráfico por otras disposiciones.

La fundacion de esta compañía de Occidente era una creacion de Law, el cual, despues de haber propuesto inútilmente sus planes de hacienda á muchas cortes de Alemania y de Italia, logró por fin hacerlas adop- tar en Francia. El crédito de la com- pañia y la perspectiva de las rique- zas de la Luisiana fueron los prime- ros móviles que Law puso en uso pa- ra estender sus operaciones de bap- ca, que en el año anterior habian principiado por la emision de mil y doscientos billetes cuyo capital era de seis millones. No tardaron en au- mentar las acciones de la compañía hasta cien millones, aumentándo- se su número rápidamente en una proporción bien superior á su pren- da: el valor estaba hipotecado sobre las tierras de la Luisiana, y el bajo precio de su venta puso á los espe- culadores, que quisieron hacer ad- quisiciones en aquella colonia, en posesion de terrenos inmensos, don- de pudieron trasportar cultivadores y obreros.

La actividad de las primeras ope- raciones de la compañía de Occidente fué favorable á la colonia: se traslada- ron á ella grandes concesionarios y se principiaron á hacer numerosos des- montes. Esperanzas sin término es- timulaban aquellas empresas; el Mi- sisisipí debia realizar las fábulas de Eldorado, y se esperaba centuplar en América la fortuna que se aban- donaba en Europa: el oro se cambia- ba por papel, el papel por territorio. Mas aquellos que descuidaban entrar en posesion no adquirian mas que un título ilusorio en desiertos incultos, donde no trasportaban ningun ha- bitante y donde no principiaban nin- guna esplotacion. Este título, del que no hicieron uso alguno, cayó en de- suetud; y la propiedad solo quedó de un modo incontestable á favor de los que la ocuparon y que for- maron un verdadero establecimien- to. La compañía de Occidente se de- dicó en primer lugar en fortificar la isla Delfina donde se hallaban esta-

blecidos los almacenes y el cuartel jeneral de la colonia. Esta isla habia sido asolada en 1700 por un corsario inglés, y era preciso ponerla al abrigo de un nuevo insulto; construyóse en ella un fuerte y en él se puso una guarnicion; mas en el mes de agosto de 1717, una barra de arena que un huracan habia amontonado cerró repentinamente la entrada del puerto: fué necesario entónces buscar otro fondeadero para los navios que no podian subir hasta el de la Mobila, y volvieron á la ensenada herradura de la isla Surgera, que ya habian frecuentado y que no se halla espuesta á los vientos del norte, de muy poca violencia en aquellos parajes: construyóse en ella un fuerte para la seguridad de los navios, y por segunda vez se trasladaron sobre la playa de la bahía de Biloxi, que está inmediata, los almacenes y el cuartel jeneral que no podia conservar ya la isla Delfina.

La compañía de Occidente envió ochocientos colonos en 1718: llegaron todos juntos al Biloxi, playa estéril, donde no hallaron ni bastantes provisiones para subsistir, ni bastantes medios de transporte para llegar á los diferentes puntos de la colonia; un gran número pereció despues de haber desembarcado. Hallábanse muy dispersas las tierras donde debian establecerse los que sobrevivieron á las primeras víctimas: las unas estaban situadas en los cantones de Pascaguola, de Bâton-Rouge, de los Natchez; las otras en los cantones del Río Encarnado, del Arkansas, del Ohio, del Illinés. Fué preciso llegar allí con mucho trabajo; mas no esperimentaron ninguna oposicion por parte de los Indios. Los Natchez hasta ofrecieron provisiones de víveres á las familias que fueron á fijarse entre ellos; y sobre una meseta que dominaba aquella comarca construyeron el fuerte santa Rosalia, destinado á proteger los establecimientos franceses.

El punto mas occidental de la colonia era el de los Natchitoches: los Españoles del Nuevo Méjico habian tratado de aproximarse á él, y ya hacia algunos años que habian fun-

dado en el pais de los Cenís una mision relijiosa que no tardó en convertirse en un establecimiento militar, y que estendió en seguida sus puestos avanzados hasta los Adayes. El mismo gobernador de la Luisiana habia favorecido aquella mision, con la mira de abrir por aquel medio relaciones mas fáciles de comercio con el Nuevo Méjico.

Siendo el Misisipi la línea central de la colonia, se concibió el proyecto de fundar en las orillas de aquel rio la Nueva Orleans, glorioso y noble establecimiento que su situacion destinaba á ser uno de los depósitos mas florecientes del comercio. Bienville, hermano de Iberville, trazó los planes en 1717; y esta ciudad naciente, favorecida por todas las ventajas que pueden asegurar la riqueza de un pais inmenso y la actividad de la navegacion mas estensa, recibió sus primeros habitantes al año siguiente.

Sin embargo los progresos de la colonizacion iban á ser interrumpidos por una nueva guerra entre la Francia y la España; y apesar de que el advenimiento al trono de Felipe V hubiese debido conciliar ambas potencias, la turbulenta inquietud de Alberoni, su ministro, hacia romper una alianza comprada con tantos sacrificios. Dicha ruptura estalló en 1719: la guerra encendida en Europa no tardó en comunicarse á la América, y Serigny, que mandaba las fuerzas navales de la Luisiana, fué encargado de una expedicion contra Panzacola. Este fuerte español, situado en una altura que domina la entrada de la rada, fué atacado repentinamente y se rindió por capitulacion el 14 de mayo; pero no dejaron en él mas de una guarnicion de doscientos hombres, y la plaza volvió á tomarse, el 7 de agosto, por un armamento de mil y ochocientos hombres, salidos de la Habana. Los Españoles creian sus tropas suficientes para apoderarse sucesivamente de la isla Delfina, de la Mobila y de la nueva Orleans: ensayaron muchos ataques inútiles sobre los dos primeros puntos, y bien pronto vieron presentarse á

la entrada de la bahía de Panzacola una escuadra francesa, mandada por Champmeslin: dicha escuadra se apoderó de un fuerte que los Españoles acababan de construir hácia la punta de la isla de santa Rosalia; capturó en seguida los navios despues de un combate obstinado, y Panzacola, investida por los Franceses y por los salvajes que se habian reservado el ataque de tierra, se vió precisada á capitular el 17 de setiembre. Así esta fortaleza fué sitiada tres veces durante el mismo año. Estas expediciones consecutivas hacen juzgar el interés que se ponía por ambas partes en poseer un puerto tan ventajosamente situado en una costa que no ofrece mas que un pequeño número de abrigos. Ibase á fijar por medio de negociaciones la suerte de aquella plaza cuya conquista se disputaba: no tardó en concluirse una suspension de armas, y, en 1721, Panzacola fué devuelto á la España, despues de haberse firmado la paz.

En el entretanto habia sido reorganizada la compañía de Occidente: hizo esfuerzos poderosos para mejorar la situacion de la Luisiana. Se aumentó el número de los habitantes de la Nueva Orleans, y se trasladó á ella el cuartel jeneral de la colonia; Juchereau de San Denis fué á mandar el apostadero de los Natchitoches, donde habia vivido mucho tiempo; los del Arkansas, del Missouri, del Illinés, protejieron las comunicaciones con el norte, y el de Mobile continuó defendiendo los límites orientales. Fueron levantados otros dos fuertes, el uno en las orillas del Tombegbe para vijilar á los Choctawos, el otro en las del Alabama cerca del territorio de los Creeks. Estas precauciones eran tanto mas necesarias cuanto que jamás se podia contar con una paz duradera con los salvajes, y que sus hostilidades, siempre imprevistas, eran señaladas por los furores mas bárbaros. En 1713 se vió á la nacion de los Tuscaroras atacar los establecimientos de la Carolina, y degollar en el mismo instante á todos los Ingleses vecinos de esta frontera. Pronto vengó esta

conspiracion el gobernador de la colonia: fueron atacados á su vez los Tuscaroras; no se les hizo ninguna gracia, y los que se libraron de este desastre se refugiaron con los Iroqueses y fueron admitidos en su confederacion.

Un atentado igual, hecho dos años despues por la tribu salvaje de los Yamasees, ofreció los mismos ejemplos de crueldad y tuvo resultados idénticos. Habiendo caido á la vez bajo los golpes de estos bárbaros muchos Ingleses de la Carolina, los primeros sufrieron una persecucion muy viva; fueron inmolados todos los que se pudieron cojer, y los restos de su nacion se retiraron al territorio de la Florida.

Aunque era castigado el furor de los Indios con las represalias mas terribles, con todo esparcian el terror en los establecimientos europeos vecinos de las naciones salvajes. Convenia buscar una garantía contra sus feroces hostilidades, y las opiniones variaban sobre el sistema que debia seguirse. Unos opinaban que para mantener la seguridad de los Europeos, era preciso atizar la guerra entre las tribus indijenas; otros, atribuyendo su odio al temor que tenían de ser espulsados de su territorio, creian que era prudente hacer tratados con ellos sobre límites, á fin de que con su propio consentimiento sancionasen la posesion de las tierras ocupadas en su pais, y les asegurasen por un acto solemne, el libre uso y dominio de los campos, bosques, rios y de todos los lugares de caza y pesca que les estaban reservados. Este último parecer, el mas conforme á las reglas de la humanidad, fué adoptado en 1721 por Francis Nicholson, gobernador de la Carolina: hizo con los Cherokees y los Creeks un arreglo sobre la línea de demarcacion que los debia separar de las colonias inglesas.

El gobernador de la Luisiana consiguió, sin limitar del mismo modo el territorio de esta colonia, mantener relaciones pacíficas con los Indios, y las desavenencias que en 1722 hubo entre los Franceses y los Natchez fueron luego conciliadas. El

reestablecimiento de la buena armonía facilitó que se explorase con mas seguridad el interior de la Luisiana; Le Page Dupratz, agente y concesionario de la compañía de Occidente, hizo á ella varios viajes; examinó su suelo, animales y plantas; recojió numerosas noticias sobre muchos pueblos de aquellas comarcas, y preparó las relaciones que tuvieron luego con ellas.

Quando hubo estallado la guerra entre los Padoucas y otras naciones americanas vecinas del Arkansas y del Missouri, Dienville, entonces gobernador de la Luisiana, resolvió hacer de mediador entre los beligerantes, y conciliar, por medio de un arreglo hecho bajo la proteccion de la Francia, las tribus indias situadas al occidente del Misisipi. El gobernador del Canadá, en 1701, habia dado este saludable ejemplo, pacificando todos los distritos cercanos á los grandes lagos: y Bienville, imitando esta conducta jenerosa, mandó salir del fuerte de Arkansas una diputacion, que en julio de 1724, pasó á la tribu de los Kansez, cerca del rio que lleva su nombre. Concurrieron á ella diferentes jefes de los Missouris, de los Osajes, de los Otowayos, de los Panis y de los Padoucas; fueron discutidos en varias juntas sus intereses y sus motivos de queja; fué nombrado árbitro el enviado francés; arregló sus pendenacias, y los Padoucas, enemigos antiguos de los Kansez, depusieron su odio. «Hace mucho tiempo, dijo su jefe, que el sol está rojo ó cubierto de nubes, las aguas turbias y sangrientas, la tierra devastada, y los campos que nos separan sembrados de abrojos. Por fin llega un dia mas brillante, el agua se vuelve mas clara y mas pura, la tierra reproduce sus flores, y la paz allana los caminos. Sigamos la voluntad de nuestro padre, y arrojemos el tomahac al rio, donde vaya rodando con sus aguas hasta el rio grande que debe enterarle para siempre.»

Tomadas estas resoluciones solemnes, el enviado francés pasó al pais de los Padoucas con los diputados indios; recibió de la nacion entera

las mismas seguridades de paz: fueron distribuidos los regalos que destinaba á todos los jefes, y regresó al fuerte de Arkansas despues de una ausencia de cuatro meses, felizmente empleados en esta pacificacion.

Ningun suceso turbó la tranquilidad de la Luisiana durante muchos años. Sin embargo no se podia confiar tanto en las disposiciones de las tribus situadas entre el curso del Misisipi y los Apalaches: un comun sentimiento de inquietud y de desconfianza les animaba contra los Europeos que les rodeaban de todas partes, y que no podian engrandecerse sin incomodarles. Los Indios vecinos de la Carolina cometian en ella frecuentes violaciones de territorio, y la Florida estaba espuesta á las incursiones de los Choctawos; mientras que los Creeks, mas vencidos de las ventajas de la paz, probaban de permanecer neutros en medio de las guerras que estallaban á su alrededor. La nacion de los Chikasawos era la mas numerosa de las que confinaban con la Luisiana: era tambien la mas inquieta y la mas hostil; constantemente ocupada en suscitar enemigos á la colonia francesa, consiguió por fin inspirar á los Natchez sus preocupaciones y su odio, y estos empezaron á ver con recelo el establecimiento del fuerte Rosalia, erijido en su territorio. Quando Perier reemplazó á Bienville en el gobierno de la Luisiana, reconoció luego la necesidad de tener mas tropas, y las pidió inútilmente á la compañía de Occidente. Los peligros aumentaron, y en 1729, una gran injusticia, cometida con los Natchez por el comandante del fuerte Rosalia, estuvo á pique de acarrear la destruccion de la colonia entera.

Los Natchez estaban mas civilizados que las tribus vecinas, en medio de las cuales hacia ya mas de dos siglos que estaban trasplantados. La tradicion llamada por ellos la *pala-bra antigua*, les informaba que sus antepasados, establecidos hácia el oeste, se habian aliado á los hombres blancos, á los guerreros de fuego, cuando vinieron estos en sus pue-

Mos flotantes á invadir las rejiones de Anahuac. La tradicion añadia que el viejo imperio, que la herencia de los Caciques fué entonces subyugada, que los Natchez fueron á su vez atacados, y que no pudieron salvar su independencia de otro modo que espatriándose y retirándose lejos de los vencedores; de este modo llegaron poco á poco á las comarcas que riega el Misisipi; hasta quisieron tomar por barrera este rio, y se establecieron por fin en la orilla oriental. Rodeados de naciones mas salvajes en su retiro, muy pronto dejeneraron sus primeras instituciones, y contrajeron, en sus guerras con los demás Indios, los mismos hábitos de ferocidad para con sus enemigos y sus prisioneros. Con todo se hallaban aun en alguno de sus usos domésticos, de sus principios religiosos y de los productos de su industria, muchas señales de una civilizacion en otro tiempo mas adelantada. Tenian un idioma particular; creian en un gran espíritu, y en otros inferiores, encargados de cumplir sus órdenes y de ser los ministros de su ira ó bondad; empezaban su año hácia el equinoccio de la primavera, daban á los meses nombres de animales ó plantas útiles para su subsistencia, tenian aldeas mejor edificadas, campos mejor cultivados, y reglas de sociedad civil mas perfectas que las de los demás Indios. Su número se habia disminuido con el tiempo, pero habian conservado esa arrogancia y espíritu de independencia que se irrita contra la fuerza y no sufre impunemente que se le ofenda.

El comandante del fuerte Rosalia, despues de buscar en los campos vecinos el lugar en que podria formar un gran establecimiento agrícola, habia fijado la vista en el pueblo de Pomme, ocupado por una tribu de Natchez: mandó venir al jefe, le declaró que los habitantes debian evacuar el pueblo, y que le habia escogido para su propia residencia. En vano procuró el jefe indio moverle, recordándole el acojimiento que habian hecho á su nacion los Natchez.

«Quando nos habeis venido á pedir terreno, os lo hemos dado: bastante teniamos para vosotros y para nosotros. El mismo sol nos alumbraba; la misma tierra nos podia mantener, podia recibir nuestras tumbas y pasar á nuestros hijos. ¿Para qué robarnos los bosques, los prados que partimos con vosotros, las cabañas en que os hemos recibido, la estera en que fumábamos juntos el calumete de paz.»

No pudo empero el jefe indio entenercer á este insensato, y por toda gracia, consiguió que la marcha de los habitantes del pueblo se dilatara hasta despues de la cosecha: y hasta este retardo concedido fué comprado con un tributo de granos. Medita entonces el jefe una sangrienta venganza; reúnen los ancianos; la pérdida de los Franceses fué resuelta en su consejo. Pero no basta destruir á los habitantes del fuerte Rosalia, la colonia entera debe ser arruinada; un ataque parcial solo acarrearía funestas represalias. ¿Bastaría además esto para el resentimiento de los Indios? ¿No son sus opresores los mismos en todas partes, y no han conspirado para la destruccion de todas sus tribus?

Este proyecto de un hombre solo se hace bien pronto el de todos. El gran jefe ó el gran sol de los Natchez aprueba esta conjuracion; todos los jefes particulares toman parte en ella; las otras naciones vecinas son invitadas á unirse á ellos: queda fijado el dia de la destruccion y aun envuelve esta conspiracion un profundo misterio. Pero habiendo llegado á descubrirlo la madre del gran jefe de los Natchez, no pudo concebir la idea de un atentado tan bárbaro. Amaba á la nacion proscrita, tenia íntimas relaciones con un Francés, é impulsada por afectos contrarios, no se atrevió á divulgar completamente el fatal secreto; pero dijo lo suficiente á algunas jóvenes Indias que amaban á los Franceses, para que estos estuviesen prevenidos de que se tramaba contra ellos una conspiracion. Lo noticiaron al comandante del fuerte; y tal fué la obececion de es-

te oficial que las trató de cobardes, las hizo arrestar y despreció sus avisos.

Por fin había llegado el día de la ejecución. El 28 de noviembre de 1729 concurren los Indios de todas partes á la residencia del comandante, bajo pretexto de pagarle su tributo de granos; y mientras iban á la fortaleza con sus numerosas cargas, otros se esparcían, bajo diferentes pretextos, en las habitaciones aisladas que habían sido erijidas en los alrededores bajo la protección de la capital de la colonia. Dióse la señal á los conjurados con algunos fusilazos disparados en el fuerte. Inmediatamente es asesinado el comandante; los soldados son atacados antes de haberse podido reunir; asesinados, apostados cerca de las víctimas que les son designadas, los hieren á la vez. En los campos se hizo la misma carnicería, y todas las habitaciones son bañadas en sangre. La colonia francesa de los Natchez se componía de setecientas personas; pereció la mayor parte; solo se perdonó á los negros afectos á los plantíos, ciento cincuenta niños y ochenta mujeres jóvenes que fueron reservadas como esclavas. Los blancos que se libraron solo debieron su salvación á la oscuridad de los asilos en que se refugiaron, ó á los sentimientos de piedad de algunos Indios á quienes habían favorecido, y cuyo corazón se enterneció en el momento del crimen. Después de los asesinatos saquearon las casas; fué destruido el fuerte, y trasportadas á otro sitio las armas y las municiones de guerra, que los Natchez rodearon de muchos cercos de fuertes empalizadas. Fueron también devastados todos los establecimientos esparcidos en las cercanías. Los Franceses habían erijido un fuerte en el país de los Yasous, allí fueron degollados; tuvieron la misma suerte en los alrededores, y los asesinatos se habrían extendido mas lejos si algunos incidentes no hubiesen apresurado el momento de la ejecución. Viéndose muchos aliados de los Natchez precedidos creyeron que habían sido vendidos, y no esperando ya sor-

prender sin defensa á los Franceses establecidos entre ellos, no lo intentaron por entónces. Al mismo tiempo se descubrió en Nueva Orleans una conspiración formada por los negros; fueron arrestados sus autores y no se dudó que su plan estaba unido á la conspiración que habían tan cruelmente ejecutado los Natchez.

A la noticia de tan trágico suceso, la Luisiana se cubrió de luto. Perier, su gobernador, determinó vengar tanta sangre derramada, mas no bastaban sus fuerzas; recurrió á la alianza de los Choctawos, obtúvola, y mientras que sus guerreros marchaban hácia el territorio de los Natchez, un cuerpo de doscientos Franceses, mandados por el mayor de Loubois, tomaba la misma dirección. Desde luego era preciso salvar á las mujeres y niños que los Indios guardaban en esclavitud, pues tal era el principal objeto de la expedición. Los Choctawos, que llegaron, el 27 de febrero de 1730, al pié de la fortaleza en que se habían atrincherado los Natchez, permanecieron allí en la inacción durante mucho tiempo, y cuando llegaron las tropas francesas, atacaron y sitiaron el fuerte, el cual se defendió hasta el 25 de marzo. Finalmente el enemigo pidió capitular y ofreció entregar todos sus esclavos; pero amenazaba quemarlos, si no se retiraban los sitiadores á la orilla del río: Loubois, para salvarles la vida, consintió en esta condición y le fueron entregados las mujeres, niños y negros. Quería luego renovar el ataque de la plaza, pero por la noche la evacuaron todos los Natchez, y Loubois solo encontró en ella habitaciones desiertas. Destruyó los atrincheramientos indios, mandó volver á erijir el fuerte Rosalia, donde dejó una guarnición, y llevó á Nueva Orleans, para glorioso trofeo de su expedición, la comitiva librada por sus desvelos, las mujeres que habían escapado del degüello de sus esposos, y aquellos débiles niños que su edad había hecho perdonar.

Pero aun duraba la guerra con los Natchez: habían huido, pero siem-

pre abrigaban el mismo sentimiento de odio; eran enemigos irreconciliables, y sus bárbaras hostilidades pusieron una barrera insuperable entre ellos y la colonia. Sorprendieron y degollaron en los bosques una partida de soldados y trabajadores que iban á buscar materiales para la construcción del nuevo fuerte; atacaban á los viajeros, saqueaban las habitaciones aisladas; y no teniendo esperanzas de mantenerse en su territorio, luego que supieron que se hacían nuevos preparativos contra ellos abandonaron el país que ocupaban cerca del fuerte Rosalia, y se retiraron á la orilla occidental del Misisipi, hácia las alturas que separan los lagos del Río Rojo y del Arkansas.

Los desastres causados á la Luisiana por el furor de los Natchez aumentaron las pérdidas de la compañía de Occidente. Había mas dificultad en repararlas; se habían ya desvanecido las ilusiones y esperanzas que habían seducido á los primeros colonos: no podía ya renacer el prestigio; y para volver á dar valor á esta posesión, había que luchar contra numerosos obstáculos. No estando ya en poder de la compañía separarlos, abandonó al rey, en 1730, todas las concesiones que había obtenido, y le hizo entrega de la colonia. Perier quedó de gobernador: proyectaba una nueva expedición contra los Natchez. Le enviaron de Francia un ligero refuerzo de tropas, y habiendo terminado sus preparativos á mediados del invierno, subió el Misisipi, el Río Rojo, el Río Negro, el Bajouc argentino, para ir en busca del enemigo, del cual le separaban aun vastos bosques. Un joven indio que sorprendieron los Franceses en la pesca les indicó, al querer escapar, el sendero que conducía al establecimiento principal de los Natchez; y el nuevo puesto que habían fortificado fué atacado el 20 de enero de 1731. Estaban los Indios resueltos á defenderse: hicieron varias salidas atrevidas para detener los adelantos de la trinchera; pero la explosión de una bomba que cayó en medio del fuerte, en la parte ocupada por las mujeres y niños, hizo que

de repente se levantasen gritos lamentables; y no esperando los Natchez poderse defender mas, hicieron señales para obtener una suspensión de armas y una capitulación. Esperaban prolongar la negociación hasta la noche, á fin de escaparse en medio de la oscuridad: pero se vijilaban las cercanías de la plaza, y la mayor parte de los que salieron, tuvieron que volver á entrar en ella. Un corto número se escapó, los demás se rindieron á discreción, y fueron llevados como esclavos á Nueva Orleans; las mujeres fueron dispersadas en las habitaciones de la colonia, y se trasladaron los hombres á Santo Domingo. De este modo se acabó una nación enemiga que una primera ofensa había sublevado: el orgullo imprudente de un hombre había acarreado esta larga serie de crímenes y de calamidades. ¡Ejemplo deplorable del abuso del poder y de la ciega irritación de todo un pueblo que, al conjurar la pérdida de sus enemigos, prepara su propia ruina.

Entre los prisioneros cojidos se contaba el gran jefe de los Natchez, y los Indios que habían podido evadirse de la plaza eran demasiado débiles para tratar de reunirse bajo un nuevo jefe; se refugiaron á los Chikasawos y les pidieron los adoptasen. Se conocía este derecho de asilo en todas las comarcas salvajes de América. Cuando una nación devastada por la guerra ó por otros azotes, estaba á punto de anonadarse, un pueblo nuevo podía recoger sus restos: le enviaba oradores encargados de hacerle una descripción de sus desastres y de dirigirles sus súplicas. «Se ha invadido la tierra de nuestros padres; el incendio ha devorado nuestros bosques, nuestras habitaciones y nuestras cosechas; solo nos quedan armas. Permitidnos vivir con vosotros; participar de vuestros trabajos y combatir vuestros enemigos.»

Esta hospitalidad, rara vez rehusada á la desgracia y á las súplicas, prescribía deberes mutuos, y cuando había una nación adoptada familiar, participaban de todos sus destinos; estaban bajo su inme-